

# A veces prosa

## De la música de los hombres y de los libros: Fausto Vega y Gómez

Adolfo Castañón

Alicia Zendejas, *in memoriam*

Fausto Vega y Gómez (1922-2015) falleció en la Ciudad de México en la madrugada del jueves 7 de mayo de 2015. Tenía 93 años. Formó parte del grupo Hiperión con Luis Villoro, Jorge Portilla, Emilio Uranga, Salvador Reyes Nevaes, entre otros.<sup>1</sup> Le debo a Fausto Vega que me haya alentado en mis investigaciones en torno a Emilio Uranga, el malogrado filósofo que, según Octavio Paz, pudo haber sido el gran crítico de nuestras letras.<sup>2</sup> Trabajó como secretario y administrador de El Colegio Nacional de 1986 a 2014 (recibió el nombramiento de secretario emérito en 2014): “Fue el guardián de una magna institución a la que sirvió con eficacia y lealtad”, como recuerda Enrique Krauze.<sup>3</sup> En este puesto lo antecedieron Andrés Cisneros Chávez (1943-1999), Francisco Orozco Muñoz (1944-1946), José Luis Martínez (1946-1953), Carlos Montemayor (1984-1986) y lo sucedió Fausto Zerón-Medina a partir de 2014.

A don Fausto —el fáustico Fausto, como le decíamos Vicente Quirarte y yo, por sus cejas alzadas y su mirada penetrante—, de tanto en tanto le gustaba reu-



Fausto Vega y Gómez

nirse con sus amigos más jóvenes como nosotros para tener noticias de ese país suyo —el de la conversación— que él estaba dispuesto a habitar a toda costa, así le gustaba reunirnos en compañía de sus colaboradoras, doña Rosa Campos de la Rosa y Maricela González, para ir repasando las hojas del calendario como quien repasa un álbum de familia. Otros personajes que pasaban por aquellas puertas de El Colegio Nacional eran Serge I. Zaitzeff, estudioso de Alfonso Reyes, y el poeta e impresor Mario del Valle y el ingeniero Braulio Hornedo. Fue amigo y, al decir de Vicente Quirarte, más que hermano de Rubén Bonifaz Nuño, su cómplice y conjurado en la Imprenta Universitaria durante muchos años. También lo fue de Ricardo Garibay, de quien dejó escrita una semblanza y de la que cito estos fragmentos:

La palabra en Ricardo Garibay es arcilla con la que se moldean las apariciones que

en el temple heroico de la vida proliferan, nítidas, aisladas y paradójicamente siempre juntas. Su mundo literario se manifiesta en esta presentación de esencias. Querría la inmovilidad que proporciona la palabra divina y el reposo de un equilibrio omnisciente, que soporte el vértigo y la mudanza. [...]

Ricardo Garibay atisbó la vida con poco dispendio. Creció en su variedad, en su excelencia y en su poquitería. Su trabajo consistió en dar cuenta de esta ebullición injustificada. En sus escritos no hay apelación a instancias distintas a las de los hombres para resolver los misterios de la desigualdad y del fracaso. Tampoco explica, cuenta, se asombra, se humilla y desafía arrogante la inteligencia que lo contrasta. No se ofende porque no exista la perfección, tampoco se alegra del deterioro. Él no es un observador desinteresado, despliega su adhesión a las hazañas que lo comprometen y lo concitan a la acción, no se conforma con ver, actúa y es un modificador de su circunstancia sin importarle el juicio a posteriori que lo exalte o lo sacrifique. [...]

Desconfía de la historia y por tanto del tiempo, porque es igual, porque crece mediante yuxtaposiciones y en cada extracto repite grandeza y desazón en un diálogo desesperado por certeros errores. Rescatar al mundo es una proeza, porque supone solidaridad y arraigo y hacerlo mediante la palabra conforta aún más, porque se le asigna un sello de perpetuidad que legitima la libre determinación de vivir. Para Ricardo esta fue su batalla y su triunfo. Ser escritor fue la confirmación de su ser libre para repetir la violencia creadora y la refundación en el amor y su imperio.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> No en balde Fausto Vega aparece mencionado en el libro de Ana Santos Ruiz (1978-2014), *Los hijos de los dioses. El grupo filosófico Hiperión y la filosofía de lo mexicano* (Bonilla Artigas, México, 2015). Aparece en las páginas: 17, 20n, 27, 28n, 30, 38n, 45, 155n, 157n, 163n, 181 y 427. Fausto Vega también está citado en la antología de Guillermo Hurtado *El Hiperión* (UNAM, México, 2006), aunque no se reproduce ningún texto de él. A Fausto Vega también lo cita y agradece Juan José Reyes en su libro *El péndulo y el pozo. El mexicano visto por Emilio Uranga y Jorge Portilla* (Ediciones Sin Nombre/Conaculta, México, 2004).

<sup>2</sup> Gerardo Ochoa Sandy, “Emilio Uranga pudo ser el gran crítico de nuestras letras: [Octavio] Paz. El filósofo falleció a los 68 años de edad”, *unomásuno*, 3 de noviembre de 1988, p. 24.

<sup>3</sup> Enrique Krauze, “Un guardián de la cultura”, *Reforma*, 31 de enero de 2016, p. 8.

<sup>4</sup> “Mi amigo Ricardo Garibay”, texto leído en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes,

A su entusiasmo y eficacia se debe la realización de una gran cantidad de publicaciones estampadas por El Colegio Nacional, por ejemplo, todos los epistolarios de Alfonso Reyes, las *Obras completas* de Agustín Yáñez, Salvador Elizondo, Gabriel Zaid, Antonio Gómez Robledo, Enrique González Martínez, Miguel León-Portilla, Ruy Pérez Tamayo, o los libros de Fernando Salmerón, Luis Villoro, Ramón Xirau, los discursos de ingreso de un Alejandro Rossi, de un Mario Lavista o un Teodoro González de León, entre otros. Estaba atento a las producciones de los más jóvenes. Gracias a Fausto Vega y a José Emilio Pacheco, el joven escritor colombiano Sebastián Pineda pudo publicar con el sello de El Colegio Nacional su libro *La musa crítica* en 2007. Se supo rodear de colaboradores eficaces. Tuvo mala suerte con sus proyectos personales. Su primer libro de poemas, con prólogo de León Felipe, lo quemó él mismo, según contó su hijo en el funeral. Por cierto, en ese espacio me encontré con Eduardo Mejía, el escritor y editor, con Paloma Guardia, la hija de Miguel Guardia y la albacea de Rubén Bonifaz Nuño, y con Fausto Zerón-Medina, de El Colegio Nacional. Eduardo Mejía, que trabajó por muchos años con Fausto en El Colegio Nacional, escribió un texto a su muerte, de ahí rescato esta prenda anecdótica:

Muchas de sus pláticas se referían a él mismo; no lamentaba el pasado, pero creo que le dolió la pérdida de su novela a causa de una inundación; inundación donde también perdió gran parte de una biblioteca nutrida de joyas, que no recuperó, pero no dejó de leer; no repetía sus vivencias, pero por boca de otros confirmé que a él, junto a su amiga Rosario Castellanos, lo sacaron del velorio de José Gaos, por sus comentarios que más parecieron puyas a sus compañeros de generación; por él confirmé también quiénes se sentirían señalados por los retratos crueles con que ella adorna las páginas, muy leídas y poco entendidas, de

aparece en *Biblioteca Central del Estado de Hidalgo* Ricardo Garibay, *Revista Digital de la Biblioteca Central del Estado* (<https://bcehricardogaribay.wordpress.com/2011/08/09/mi-amigo-ricardo-garibay/>)

su *Rito de iniciación*; pese al cariño que le tuvo, cuyas son las mayores objeciones a la prosa de Castellanos, pero pocos la apreciaron tanto como poetisa, porque su formación de filósofo le ayudaba, al contrario de lo que le sucede a otros, a leer poesía de manera inteligente y no sentimental.

Una sola plática con Fausto Vega me aclaró muchas de mis dudas por las novelas de Carlos Fuentes, tan atacado y tan mal leído, excepto por él y por José Emilio Pacheco, quien nunca dejó de admirarlo.<sup>5</sup>

Sí, una inundación devastó su biblioteca de libros de arte y los papeles de su investigación de muchos años sobre la novela mexicana, de la cual apenas sobreviven unas parvas muestras en algunas revistas (él solía decir con buen humor que su mayor crítica había sido la naturaleza misma). Uno de los pocos textos que que-

<sup>5</sup> Eduardo Mejía, "Un hombre bueno (aunque él negaba que lo fuera)", blog Errataspuntocom, miércoles 1 de julio de 2015 (<http://errataspuntocom.blogspot.mx/2015/07/un-hombre-bueno-aunque-el-negaba-que-lo.html>).

dan de Fausto Vega es el que dedicó a su amigo Emilio Uranga, titulado "¿De quién es la filosofía? Refutación filosófica y patológica existencial" en *El instante de Emilio Uranga*, donde echó su gato intelectual a retozar e inició con estas palabras su intervención:

Las refutaciones constituyen el homenaje con que un filósofo premia a otro por sus desacuerdos. Levantarle la mano a uno de ellos para declarar al otro derrotado, no es una costumbre filosófica. La contraposición deja intacta la personalidad de ambos. Únicamente uno ha mostrado a otro distinto camino de encauzar las ideas. Emilio Uranga en este libro *¿De quién es la filosofía?* hace un homenaje a su maestro José Gaos. El pretexto es la reflexión acerca de la manera como José Gaos estima el quehacer filosófico. Para él vida y obra van de la mano, son una y la misma cosa; la filosofía es la biografía conceptualizada de los filósofos. Emilio Uranga quiere que su maestro quede en el gozo de la eternidad, de la ahistoricidad que él aprecia y entiende como el destino de la obra filosófica. De



otra manera ocurriría una aberración: alguien, José Gaos o Emilio Uranga, dejaría de ser filósofo, aun cuando los dos estén enclavados en sus condiciones espacio-temporales. Su vida se despliega en su cotidianidad de la segunda tercera parte de este siglo, con sus tendencias, con sus explicaciones, con sus conflictos críticos, sociales y éticos y tratan de aclarar, mediante procedimientos intelectuales, la sustancia, la esencia, la idea de lo verdadero. Tanto apuesta por la eternidad quien asegura que la filosofía es autobiografía, como quien niega, si las dos partes perseveran y preservan su condición de filósofos.

La obra de Emilio Uranga, *¿De quién es la filosofía?*, responde a su discrepancia con el doctor José Gaos. Este identifica la vida y la obra, y Emilio Uranga cree que esta identidad no existe. Considera que “lo que separa la vida del autor y la perdurabilidad de la obra consiste en que ésta se evade del tiempo”. Aunque advierte que el tiempo ha sido la corrosión de casi todas las obras humanas. El quehacer del filósofo es un tramado de ideas de tipo imper-

sonal o anónimo. La filosofía no se registra como biografía, como parece sostenerlo, quien afirma que la filosofía es “la narración biográfica de lo que un hombre se ha dado a pensar sobre el mundo o la imagen impuesta por su voluntad desbridadada”. Contrapone dos tesis, la de Nietzsche, quien descifra las ideas de los filósofos como voluntad de dominio y la convicción de que la filosofía es “una construcción desapegada de toda complacencia moral”. Para Emilio Uranga, ninguna de estas posiciones es la correcta; y su primera arremetida es adjudicarle al doctor José Gaos una deformación, la del *realismo español*, que se obstina en “ver todos los problemas *sub specie personae*” o sea la que denuncia la convicción vital de que nada está por encima de la dignidad de la persona y la que condena el perturbador espíritu de sistema, porque en él no cuentan o tendría que esconderse muy profundamente el anecdotario de la vida común. Afirma que la filosofía y la autobiografía se rechazan como “los dos polos de la verdad”. Las ideas de un filósofo nada tienen que ver

con su vida, aunque la coherencia, la fundamentación, la profundidad, se prediquen del sistema y de la persona y suscite la ilusión de que son homogéneos.<sup>6</sup>

Tenía ciertas ideas no exentas de ingenio y perspicacia: pensaba que a cada gran novela mexicana debía corresponder una filosofía, o al menos un conjunto de ideas y conceptos que podían ayudar a interrogarla mejor. Así, a *Al filo del agua* de Agustín Yáñez podían corresponder ciertas ideas de Edmund Husserl.<sup>7</sup> Tenía gustos de príncipe y, como a los de sangre real, le gustaban las reveladoras, pequeñas historias y anécdotas de la vida, sus penumbras y sus sombras. Todo esto producía una conversación prodigiosa que sabía levantar castillos encantados sobre los manteles, sin faltar nunca al decoro o a la amistad. Corto de estatura, más bien rollizo, de pequeño bigote recortado, nervioso como una ardilla, diligente, leal y verdadero, como se podía comprobar por su inapelable sentido del humor. Se sabía el santo y la seña, la cruz, el tapiz y su revés de la malla humana que componen escritores y pintores, políticos y arquitectos. Como quien se sabe de memoria la serie de silogismos o las tablas de multiplicar, recordaba al dedillo las grandezas y las miserias, las debilidades, fortalezas y virtudes de los grandes, de los pequeños disfrazados de grandes y de los escurridizos acostumbrados a no tomarse tan en serio. Era temible, pero disfrazaba su abrasiva inteligencia de franciscana mansedumbre. Yo lo envidiaba por la sencilla razón de que era capaz de leer y oír con rigor, generosidad y sentido humano lo mismo la lección de filosofía en alemán que la fábula o el poema. Era de esos que se atreven a escuchar en los ruidos de la calle o de la biblioteca la música, la gran sinfonía de la que —estoy seguro de ello— él formaba parte. **U**

<sup>6</sup> Fausto Vega, “¿De quién es la filosofía? Refutación filosófica y patológica existencial” en *El instante de Emilio Uranga*, edición de Jorge Olmos Fuentes, Gobierno del Estado de Guanajuato, Guanajuato, 1991, Serie Obras de Emilio Uranga, pp. 14-15.

<sup>7</sup> Fausto Vega escribió sobre Agustín Yáñez: “La novela de la Revolución”, “México en la Cultura”, suplemento dominical de *Novedades*, 94, 19 de noviembre de 1950, p. 3.

